

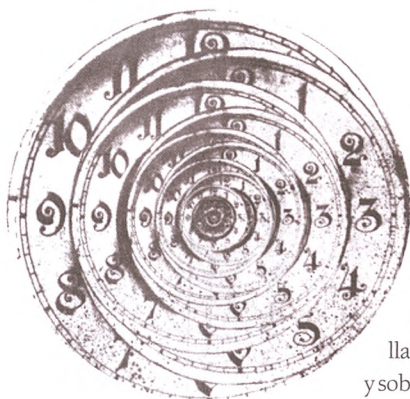
LA ERA DEL LECTOR

o JORNADA DE PORTADAS ABIERTAS

EN EL MUSEO DE CERA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX

LUIS ARTURO HERNÁNDEZ.

(A propósito de *Museo de la Novela de la "Eterna"* y de *Niña de Dolor, la "Dulce-Persona" de-un-Amor que no fue sabido*, de Macedonio Fernández (1967), *Si una noche de invierno un viajero* (1980), de Italo Calvino, y *La mano de la buena fortuna* (2000), de Goran Petrović.)



-A Fernández.

-Pues yo aún diría más: a Fernández.

Fdo.: Hernández

«James [Irby] ha escrito ya sobre la cuestión de por qué se llama "museo" esa novela y sobre sus relaciones con la utopía y con los sistemas de

clasificación, porque por supuesto el museo, como la sociedad utópica, es un sistema de clasificación, de exclusiones e inclusiones.»

Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*

"Eso de que el lector es también escritor es una excusa que se buscan los perezosos y los malos escritores. Traspasar la responsabilidad del escritor al lector es un truco indecente, y se corre el riesgo de eximir al primero de unos deberes que son ineludibles.

Los Ultraístas protestaron ostensiblemente y gritaron lemas en pareado que venían a decir que la lectura era tan creativa como la escritura. Tunidor se enfrentó a todos ellos:

¡Por supuesto que la lectura es creativa! [...] Ahora bien, de ahí a pensar que la novela la escribe el lector... ¡Vamos, por favor, no me jodan, que llevo un porrón de años escribiendo una novela histórica sobre la corte de Juan III! ¡Me van a decir ahora que no la estoy escribiendo yo?"

Antonio Orejudo, *Fabulosas narraciones por historias*

No HA SIDO el *Museo de la Novela de la Eterna* del argentino Macedonio Fernández la primera obra literaria abierta cuya eventual continuación encomienda el autor al lector -«[éste] será el primer "libro abierto" en la historia literaria, es decir que el autor [...] deja autorizado a todo escritor futuro [...] para corregirlo lo más acertadamente que pueda»-.

Ahí está tan ajugarada actitud seis siglos atrás, en castellano, en la exhortación final de Juan Ruiz en el *Libro de Buen Amor* -"Cualquiera que lo oiga, si hacer versos supiere, / puede

añadir y enmendar, si quisiere; / ande de mano en mano, téngalo quien pidiere [...]". Y tampoco sería la última, como lo demuestra, en la ficción, y sin ir más lejos, la invitación juglaresca de cierto personaje a continuar la obra en *Escuela de mandarines* de Miguel Espinosa. Pero sí la primera vez que se exhorta al lector -o futuro escritor- a tachar, corregir, reconstruir la propia obra, en prosa, al margen del derecho de propiedad intelectual, no sin cierta ironía -"Suprima, corrija, pero en lo posible que quede algo"-.

No en vano se trata de un museo de la novela -"Si me ha salido una novela museo..."- que, del año 1904 a 1952, compendia las manifestaciones narrativas del pasado al tiempo que invita al visitante a interactuar con la Obra desarrollando sus virtualidades.



VIAJEROS DE MUSEOS

«Yo he podido pensar en un "Congreso" que se reunirá, a mí dedicado, para deliberar, y fijarme el asunto de mi novela [...] No se puede dudar que personas de múltiples países se habrían ofrecido a saber todo lo que debía aconsejarme para mi obra tan difícil y tanto prometida, postergada comenzada»

Macedonio Fernández, *Museo de la Novela de la Eterna*

"Estas páginas serán siempre inéditas. Sin embargo, para escribirlas necesito pensar en un lector, en un hipotético lector, que se interese en los hechos que voy a relatar."

José Bianco, *Las ratas*

Pues bien, como si respondieran a esa invitación a la creación colectiva y asamblearia de la novela, son varios los autores -secuelas de la escuela en prosa de Macedonio-, en distintas lenguas, los que han dejado su firma virtual en el libro de visitas de tal Museo.

Entre esos visitantes se registra, a comienzos de los 80 uno, de sobra conocido, Italo Calvino; y otro, a comienzos de este s. XXI, casi desconocido, el serbio Goran Petrović.

Ajenos al terror al plagio de la era de la Inter-textualidad -pues es poco probable que el italiano

LA ERA DEL LECTOR o JORNADA DE PORTADAS ABIERTAS EN EL MUSEO DE CERA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX

hubiera leído la obra de Macedonio y más improbable que la conozca el serbio—, ambos han recorrido las salas de ese *museo* —dúctil como *de cera*— de la *novela* haciendo del lector el protagonista de la obra, abundando en el amplio catálogo de lectores —véase ahí su variada taxonomía en el *Museo* sobre cuyo frontispicio campea la lectora *Eterna*—.



SI UNA NOCHE DE INVIERNO UN VIAJERO... DE MUSEOS

“Y en ese mismo instante el Viajero (Viajero pero no de museos es el nuestro; mira lo que vive, no el Pasado) se acerca a la playa del Plata, frente a los portones de la estancia.

—¿Y tú podrías ser feliz, Viajero, ahora agotada tu búsqueda?

—Quizá, porque es busca inventada, no impuesta.*

*De aquí en adelante el autor sigue solo. Los últimos lectores se dan de baja al autor. Y, naturalmente, retíranse a escribir.”

Macedonio Fernández, *Museo de la Novela de la Eterna*

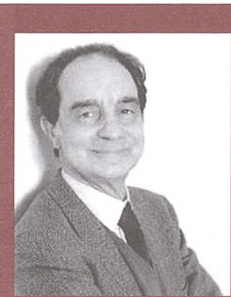
“Creo que hay que precisararlo: casi no existe obra que, mediante las triquiñuelas de una técnica sutil, acertase a introducir, a título de personaje, al lector de esos relatos en los relatos mismos; hay en ellos tendida una trampa donde aquel se engancha, caiga o no. [...] lo mismo que ésta, lectora de la ficción, invierte en un momento las posiciones respectivas de los personajes y revela que el joven redactor, en apariencia espectador irreverente pero objeto, se ha puesto ficticiamente en escena bajo el nombre de uno de los principales autores de la historia [...], así el lector del conjunto no puede mantenerse a distancia.”

Maurice Blanchot, *La amistad*, “La palabra vana”

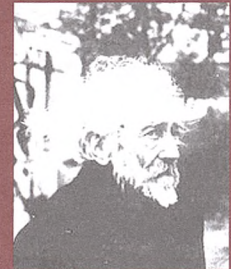
Resultan notables las coincidencias o “resonancias mórnicas”, en unos años 80 en que la semiótica y “teoría de la recepción” del Lector se respiraban en el ambiente, entre la novela de Italo Calvino y el *Museo de la Novela* de Macedonio Fernández: un Viajero —«Es cierto que “el Viajero entonces pronunció algunas palabras que desde esta novela no se oyeron y saludando *se alejó*” (suelen hacerlo los viajeros)», se lee en el *Museo*— como pretexto del coprotagonismo del Lector que rivaliza con el autor —y en especial ¡el traductor!— por la Lectora en el texto; “Lector que es leído” —Calvino— “en el choque de estar allí no leyendo sino siendo leído” de Macedonio Fernández, quien dedica el *Museo* a su destinataria la *Eterna*, al igual que “A Ludmila... [el autor] Silas Flannery” en *Si una noche* —así, “Hay una cosa cierta: ese hombre sigue pensando en ti, viéndote a ti en todas sus fantasías, está obsesionado por tu imagen que lee”—; y eso por no mencionar a “*Deunamor* el No-Existente-Caballero,

metafísico del Mundo como No-Ser”, personaje que se diría “reencarnado”, vampirizado como su reflejo en el espejo, en *El caballero invisible* del propio Calvino. Sin embargo, será en *La mano de la buena fortuna*, de Petrović, donde mendeen, al margen de la manía persecutoria del plagio involuntario, las afinidades con el *Museo*, más allá de los ecos de la —más conocida— obra de Calvino, como lo es la identificación con la persona deseada a través de la lectura simultánea —“¿Quisieras estar en su lugar, establecer ese lazo exclusivo, esa comunión de ritmo interno que se alcanza a través de un libro leído al mismo tiempo por dos personas, como te pareció posible con Ludmila?”—, en una novela escenario de tales encuentros —“[...] en el cual no sucede nunca

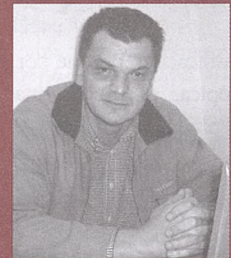
nada, sólo sus estados de ánimo y la descripción del paisaje [...]”, en *Si una noche*—. Y la escritura de una novela-paisaje, *Mi legado*, obra testamentaria de un escritor por amor, Anastas Branica, destinada al encuentro virtual con la lectora Natalia y escenario de encuentros amorosos de otra generación lectora —Adam y Jelena— condenada por toda la eternidad a vivir allí, en *La mano* —tercera de esta tríada de novelas sobre la Lectora como objeto de deseo lector—, se antoja una traslación a Belgrado de la estancia “La Novela” en la que el *Presidente* conjura la presencia de su amor cortés, la lectora “Eterna” —desdoblamiento literarios respectivamente del propio Macedonio y Consuelo Bosch de Sáenz Valiente, la *musa* a quien dedica su obra—, entre un amplio elenco de personajes que aspiran a conquistar Buenos Aires para la Belleza y una variada tipología de lectores alojados a escondidas —como la *Eterna* a quien *Museo* rescatará del Olvido— y que toman conciencia de ser personajes de una novela.



Italo Calvino



Macedonio Fernández



Goran Petrović

LA ERA DEL LECTOR o JORNADA DE PORTADAS ABIERTAS EN EL MUSEO DE CERA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX

LA HORA –EL AHORA– DEL LECTOR

“Si me ha salido una novela museo, ¿qué importa si logro interés por el relato y mientras el lector se cree lector porque los personajes le son personajes en la novela y en los prólogos aunque leve, ahumadamente entrevistados y en actos y hechos trancos –yo creo que la Eterna, Dulce-Persona, Quizágenio, Deunamor serán inolvidables aunque apenas los puse a lectura–, operar, a favor del descuido concienzudo obtenido por interesamiento, un “choque de inexistencia” en la psique de él, del lector, el choque de estar allí no leyendo sino siendo leído, siendo personaje?”

Macedonio Fernández, *Museo de la Novela de la Eterna*

“Tu casa, al ser el lugar donde lees, puede decirnos cuál es el puesto que los libros tienen en tu vida, si son una defensa que tú interpones para mantener alejado al mundo de fuera, un sueño en el que hundes como en una droga, o bien si son puentes que lanzas hacia el exterior, hacia el mundo que te interesa tanto que quieres multiplicar y dilatar sus dimensiones a través de los libros.”

Italo Calvino

“Sin embargo, [...] las relaciones anudadas por el autor con el lector, relaciones que yo calificaría de estrangulación, [...] son en principio relaciones del autor consigo mismo, un medio para él verse tal como se vería si, en lugar de escribir, leyera y, al leer, se leyera a sí mismo. Pero esto no es posible. En el límite, una vez terminada la obra, el que la ha acabado se siente expulsado de ella, remitido al exterior y en lo sucesivo incapaz de encontrar acceso a ella, no teniendo por lo demás ya ganas de acceder a ella. Es sólo en el curso de la tarea de realización cuando el poder de leer es aún muy interior a la obra que se hace, cuando el autor, siempre inexistente, puede desdoblarse en un lector todavía por venir [...]”

Maurice Blanchot, *La amistad*, “La palabra vana”

“-Mi Viajero vive ahí enfrente. Y no sale de su casa sino a la hora de fin de capítulo en la novela.”

Macedonio Fernández, *Museo de la Novela de la Eterna*

Yes ahí, en la invasión de la realidad por la ficción –salir de “La Novela” a Buenos Aires– y en la conciencia lectora de ser entes de ficción –por la conmoción concienzuda–, donde Macedonio parece haber dado dos vueltas de tuerca con respecto a sus epígonos.

En primer lugar, y en cuanto a los personajes, porque lejos de la desesperación de un Augusto Pérez que en *Niebla* “sale” a Salamanca a plantarle cara al novelista Unamuno y más cerca de los *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello, que aspiran a llegar a ser

representados, los personajes del *Museo* no pretenden dar el salto a la Vida, sino conquistar la realidad para la Novela –aunque al fin fracase la empresa de esa “comuna de la amistad”, como en su día el falansterio paraguayo de Macedonio y sus amigos–, deseo de intervención, ése, que se ha volatilizado ya en las novelas de Calvino –donde el Viajero era un “pretexto” fugaz y “Lector y Lectora”, tras su peripecia metaliteraria, acaban leyendo metidos en casa: “Una gran cama de matrimonio acoge vuestras lecturas paralelas”– y Petrović –donde no hay más personajes que los Lectores, también juntos–.

“No se trata de ver la presencia de la realidad en la ficción (realismo), sino de ver la presencia de la ficción en la realidad (utopía)[...] Contra la resignación del compromiso realista, el anarquismo macedoniano y su ironía”, por decirlo con las certeras palabras de Ricardo Piglia en “Ficción y política en la literatura argentina” (en *Crítica y ficción*).

En segundo lugar, y frente a los Lectores de *Si una noche* o *La mano*, escapistas de la Vida que acabarán emboscados en la novela, por la pretensión metafísica de revelar al Lector su condición de ser novelesco en la Vida, mediante el artificio de la novela en que unos personajes se lean, a su vez, en un libro –“[...] la novela de varias personas que se juntan para leer otra novela”–, hallazgo manierista/barroco donde los haya –«[...] el único procedimiento y muy feliz lo empleó Cervantes cuando da vida a sí mismo el “personaje” Quijote suponiéndose *historiado* por Avellaneda»–, que revierte sobre cada Lector su

condición de ente ficticio –“[...] y al propio tiempo repercute la asunción de existencia del personaje leyente en el lector real, que por contrafigura con el personaje se desdibuja de existencia él mismo”–, como sentencia Borges a propósito de Hamlet en sus *Nuevas inquisiciones* –“[...] si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios”–. Mucho más próximo al Jugo de la Raza que lee su propia biografía en *Cómo se hace una novela* que al Augusto Pérez que le recuerda en *Niebla* al novelista su condición mortal, aunque en

Macedonio sea esa conciencia de ente ficticio su única garantía de eternidad –“[...] que acentúa su franco no ser con un énfasis de inexistencia que lo purifica y enaltece lejos de toda promiscuidad con lo real”–. La inmortalidad, en una palabra, que la literatura, en Unamuno, le otorga al personaje don Quijote por sobre la vida percedera de Cervantes.



LA ERA DEL LECTOR o JORNADA DE PORTADAS ABIERTAS
EN EL MUSEO DE CERA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX

(S)EM(I)OTICONOS
o VIAJEROS AL MUSEO

«El arte [...] está unido a lo eterno, es lo eterno presente que, a través de vicisitudes y por medio de las metamorfosis, mantiene o recrea sin cesar la forma en que se ha expresado un día “la cualidad del mundo a través de un hombre”. [...] Y esta frase significativa: “El oscuro encarnizamiento de los hombres para recrear el mundo no es vano, porque nada se vuelve presencia allende la muerte, a excepción de las formas recreadas.”»

Maurice Blanchot, *La amistad*, “El museo, el arte y el tiempo”

«Autor: No debo decirle al lector: “Éntrese a mi novela”, sino indirectamente salvarlo de la vida. Yo busco que cada lector entre y se pierda a sí mismo en mi novela; ésta irá asilando, encantando lectores, vaciándolos. [...]»

-Lector: ¿No soy yo?

-Autor: Tal vez. Siento pasos leves y una traviesa sombra en esta página. También tú estás, Bienvenido.»

Macedonio Fernández, *Museo de la Novela de la Eterna*

Sea como fuere, en el cruce de calles del “arte deshumanizado” de Ortega y Gasset, el Creacionismo de Huidobro y el humorismo a lo Gómez de la Serna, entre el pedregullo metafísico y la heterodoxia morfo-sintáctica, la “primera novela buena” de Macedonio Fernández se configura como una antinovela de lo imposible –pergeñada durante medio siglo y precedida de cincuenta y tantos prólogos–, en un *constructo* que va segregando una nueva instancia semiótica –no nos pongamos estupendos– ya que el Lector implícito o *ideal* (por hacernos Eco del *Lector in fabula* de don Umberto) –“Nuevo lector: Yo espero nerviosamente mi turno de descender a páginas de la novela. ¿No lo estoy ya?”– pasa a ser narratario –“Quizágenio: ¿De veras, lector, eres quien lee, o ahora eres leído por el autor, puesto que te dirige la palabra, habla a la representación que de ti tiene y te sabe como se sabe a un personaje?”–de un Autor implícito que muta en -descendiendo a- narrador, generando en el exterior de la “estancia” la sombra virtual de un eventual lector empírico, “viajero de museos” que aguarda durante su estadía en el Museo, y en virtud de las afinidades electivas -¿o e-lectoras?- la inmortalidad del Arte, releído por un Autor empírico cuya vida rescata para la Belleza en la *Novela sub specie aeternitatis*; a diferencia del lector implícito/narratario/protagonista –y el correlato

de la protagonista/ narrataria/lectora implícita– de Calvino o los lectores personajes de Petrović, *desleídos*, subsumidos o abducidos por la escritura en la paradoja de estar dentro y fuera del texto a la vez –en línea con los *mundos imposibles* de *La casa de citas* de Robbe-Grillet o las paradojas visuales del grabador M. C. Escher– del lector que lee la novela protagonizada por sí mismo, enajenados o alienados en la creación ilusoria del “pequeño dios” escritor. ■



BIBLIOGRAFÍA:

ARCIPRESTE DE HITIA: *Libro de Buen Amor*, Madrid, Castalia, “Odres nuevos”, 1995.

BORGES, Jorge Luis. *Nuevas inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1960.

CALVINO, Italo: *Si una noche de invierno un viajero*, Barcelona, Bruguera, 1980.

ECO, Umberto: *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981.

ESPINOSA, Miguel: *Escuela de mandarines*, Madrid, Alfaguara, 1992.

FERNÁNDEZ, Macedonio: *Museo de la novela de la eterna*, Madrid, Archivos CSIC/ Fondo de Cultura Económica, 1993.

HERNÁNDEZ, Luis Arturo: “La casita de papel vs. Belgrado cero de la escritura” (reseña de *La mano de la buena fortuna*), Vitoria, *Papeles de Zabalanda*, 1, 2007, p. 86.

PETROVIĆ, Goran: *La mano de la buena fortuna*, Madrid, Sexto Piso, 2006.

PIGLIA, Ricardo: *Crítica y ficción*, Barcelona, Anagrama, 2001.

VV.AA: *Diccionario de la “Novela” de Macedonio Fernández* (Ricardo Piglia ed.), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

